

# Presencia de los Clásicos En la Temporada Teatral

- ★ El Burlador de Sevilla en proyectos de la UC.
- ★ Siguen la Fierecilla, Comadres y el Burgués.
- ★ Apertura con estreno de autores nacionales.

Por Giovanni Alton.

## DE UN AÑO A OTRO: LOS CLÁSICOS

La temporada del 75 fue particularmente intensa. Muchos estrenos tuvieron lugar en las postrimerías de la temporada y aún en el filo del año. Fueron obras de montaje costoso, que el público supo apreciar. Tal es el caso de los clásicos que seguirán en la cartelera, como el *Burgués Gentilhombre*, *Las Alegres Comadres de Windsor* y *La Fierecilla Domada*, del Teknos.

La presencia de estos clásicos es un hecho cultural que es necesario destacar. Su vigencia se debe a que tocan temas que son inmutables en el hombre, como son las pasiones que mueven y ennoblecen la condición humana y también por la maestría y el oficio con que fueron concebidos.

Muchas de estas obras datan de varios siglos y son un soporte para viajar y entender el pasado. Ver a Goldoni no es sólo evocar el contexto de su época (como la arquitectura de Longhena, la pintura de Tiepolo, y otros), sino penetrar en la mentalidad del 700 e indagar todo el comportamiento de una sociedad. Ningún texto de historia nos proporciona una visión tan acabada de una época como la puesta en escena de un clásico. Así como se entiende mejor el mundo romano leyendo a César o a Petronio Arbitor que estudiándolo en los poco fidedignos textos de Frías Valenzuela, así también el teatro clásico nos ofrece una vía amena para reconstruir acertadamente el pasado.

Esta defensa de los clásicos es un propósito cultural que honra a las tres universidades y tarde o temprano dará sus beneficios mejores al "ingreso cultural por cápita" de toda la Nación, oponiendo a la vez un dique contra el asalto de la pseudocultura impartida por la TV y otros medios de comunicación.

Para el hombre de hoy, que vive la quiebra de sus valores tradicionales, que soporta en su condición de elector todo el peso de una pseudocultura que pretende halagarlo, que yace bajo un cúmulo de panfletos, sonidos y noticias intrascendentes, metido en el hoy y sin horizontes, los clásicos le ofrecerán una forma de evasión, un hilo conductor que le permitirá reencontrarse en su condición humana e individual.

En la línea de los clásicos, el teatro de la UC proyecta la puesta en escena de *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, con Ramón Núñez en la dirección, mientras el de la Chile mantendrá a un Shakespeare.

En lo que se refiere al teatro moderno, la Universidad de Chile llevará al Varas el *Equus* de Peter Shaffer, obra que estaba programada ya en el 75 pero que debió postergarse por falta de espacio.

Hay también otras obras que han sufrido retraso, como *El Violín sobre el tejado*, que desde hace muchos meses espera la aprobación de las modificaciones que se introdujeron en su texto para ser al Cariblo.

Muchas compañías están estudiando las obras. La de Tomás Villalta considera la puesta en escena de *Chan Ruddy*, obra que permitirá revivir los shimmy fox del año 20, el tango y el vals Boston, siguiendo los pasos del futuro ídolo Rodolfo Valentino que se iniciaba como dancing partner en el Maxim's.

Pero las novedades de esta reapertura no están en los proyectos sino en su inmediato inicio, que se presenta con buenos auspicios: tres estrenos absolutos, todos ellos de autores nacionales. La calidad de estas obras marca también una superación que es posible apreciar aun en los ensayos y sin apoyatura escenográfica, como en los casos de *Pedro, Juan y Diego* y en *Te llamaban Rosicler*.

Esta tendencia por lo nacional responde a un grado de aceptación por parte del público que con el tiempo podría convertirse en total. Esto significa que nuestras salas abrirían sus puertas solo al buen teatro extranjero y las obras nacionales desplazarían a las piezas dudosas del bestseller y del kitsch internacional. Naturalmente esto ocurrirá en un ciclo de causas y efectos, es decir, que para que el público las exija habrá que seguir proporcionándole material en abundancia. 1976 tiene en este sentido un buen comienzo.

## TE LLAMABAN ROSICLER

El mundo que motiva la literatura de Luis Rivano es duro y desesperado. El ha permanecido fiel, adherido a ese mundo que



Un aspecto de la puesta en escena de "Pedro, Juan y Diego", en el ICTUS.

lo obsesiona y que interpreta con la verosimilitud de un docu-mentalista. Lector exigente, que sabe apreciar el estilo de un Glide o de una Woolf, o la construcción de un Flaubert como formas superiores de expresión, ha preferido mantenerse dentro de un lenguaje directo y escueto que mejor sirva a la naturaleza de sus personajes. Son estos individuos que circulan con la bala pasada, de hotelucho en hotelucho, rufianes de paso que llevan siempre una Luger a cuestas, narcotraficantes, prostitutas de ambientes tensos, de indudable pesadumbre.

Te llamaban Rosicler es un paso adelante en la obra de Luis Rivano. Los valores cuestionados surgen esta vez, con fuerza inequívoca, de los propios personajes. La mediocridad, la sensibilidad y la frustración son el caldo de cultivo de estos personajes que viven en el engaño de sí mismos. Una vieja mansión de la calle Dieciocho, subarrendada por piezas, sirve de nexo a estos seres provistos de afecto, siempre en espera, que un golpe de

suerte les proporcione el reconocimiento que la sociedad les debe. El mundo de Mario (Jorge Gajardo), el oscuro jubilado municipal, gira en 78 revoluciones al compás de la música de Homero Manzi y sueña el mismo con ser uno de esos acicalados galanes de la canción argentina, como antes soñó con vivir en la misma mansión que ahora vive (como arrendatario) y con tener a Rosicler (contundido al final con lo que queda de Rosicler). Para la propia Rosicler (Jaël Unger), la vedette argentina (nacida en Lio-Lleo) discreta figura del ascenso (del que nunca pasará por una fractura irreparable), vivir es triunfar con todo el oropel del can-can. Los valores de una pseudovida hacen que la misma María Ester (Malú Gatica) una mujer aristocrática, viva un amor sin valentía, o Maturana (Juan Cuevas), delirante del poder que pueda otorgar su condición de conserje de edificio.

La dirección de Gustavo Meza se manifiesta, como en otras ocasiones, partidaria de una valoración armónica, de conjunto, ya sea sujetando los papeles "con arraque" o valorizando con actores de primer plano aquellos menos expresivos. Ya sea por el texto o la dirección la obra aparece como un todo vertebado y coherente. No obstante, los papeles de Jaël Unger y Jorge Gajardo ofrecen un handicap que ambos actores saben aprovechar con actuaciones de mucha relevancia. Acertados la elección y el desempeño de Malú Gatica, el de Gonzalo Robles como José Eduardo y el de Juan Cuevas, como Maturana.

Te llamaban Rosicler es una obra que gustará ya sea por la música como por la verosimilitud de un mundo en el que Luis Rivano ha sabido introducirnos con notable penetración.

## EL ESTAFADOR

"El Prestamista", la obra más conocida de Fernando José, es un texto consagrado como pieza de recitación. Su vigencia, más allá de sus condiciones literarias, es permanente. Así como ayer sirvió para el lucimiento de Montenegro o de Armando Calvo, mañana podrá servir también a un Vittorio Gassman. Esta pieza de recitación o estudio, si pudiera decirse, es un acierto que apunta claramente hacia el espectáculo. Esta concepción del teatro tuvo un eloquente aporte en El Prestamista y nos parece irónica burla en el Estafador Renato Kauman. Curiosamente, Fernando José se desestima la posibilidad de hacer del Estafador y del estafador Kauman una verdadera obra de teatro. El tema es excelente, ya que Kauman, en cierto modo, representaría la corrupción en boga en la república del Norte. Declamamos que, curiosamente, el autor da vueltas las espaldas a su excelente tema y prefiere que el Estafador lo narre en largos monólogos a sus oyentes, que a ratos pasan a ser meros depositarios. Sonia Viveros (Luna) lo escucha pacientemente y también el Relojero (Tennyson Ferrada), quien a veces opone alguna resistencia que en ningún caso alcanza un valor de contrapunto.

La obra tiene una duración normal y es interrumpida a ratos con cortinas sin que medie el crescendo habitual, ese recurso característico tan bien utilizado por las novelas "por entregas". El primer acto discurre en una escenografía verista, en el que el Relojero arregla relojes, oye waltzes de esos que cantaba Richard Tauber o bien escucha los estudios de piano de su nieta. A ratos la vida se hace presente allí con algún llamado telefónico o la aparición de alguien que solicita el aparato. Pero el recurso, que el autor utiliza con acertado humor, se hace evidente en su intención de servir para describir o narrar la corrupción y el desquiciamiento que existen afuera. En este punto de la obra,

sostenida con evidente profesionalismo por Tennyson Ferrada, aparece el Estafador, portador del tema, quien pasa a narrarlo sin trámites. Este papel, sin embargo, nos muestra el agradable accionar escénico de Jaime Azócar (que a ratos nos recuerda la escuela de Elia Kazan) que levanta dramáticamente al personaje hasta el acertado desenlace final.

Personaje relevante es también el Policía, individuo esquizoide que sobresale como composición de personaje, reforzado por una apropiada actuación de Jorge Álvarez, pero que desgraciadamente aterriza en un primer acto flojo en su planteamiento y lento en su progresión.

## PEDRO, JUAN Y DIEGO

Con una escenografía verista con artesas, pircas y ropa tendida (Claudio Di Girolamo), el ICTUS aborda una historia suburbana, de criaturas marginales pero de cuyas vicisitudes emerge el hombre en todo su valor. No son Pedro, Juan y Diego lumpes vencidos, sino tipos capaces aún de crecer. Crean en la amistad, por ejemplo, y en la muralla cuya construcción los ha convocado. Solo para Pedro (J. M. Salcedo), que es albino, la muralla tiene un significado concreto. Para Juan (Jaime Vadell) y Diego (Nissim Sharim), dos tipos de paso, la pared resulta ser un pretexto, una maldita cosa. Sin embargo, en torno a ella surgirá la amistad y la pared acabará por tener una significación definitiva.

Esta obra, que irá a cartelera el 26 de marzo, cuenta con la actuación de Rubén Sotomaior, de Gloria Münchmeyer y naturalmente de Delfín Guzmán.

Pedro, Juan y Diego, basada en un cuento de David Benavente, es una creación de conjunto muy bien lograda, a juicio de sus autores.

Desde hace bastante tiempo el ICTUS ha venido sosteniendo en Chile la creación pluripersonal, aportando una serie de obras que han contribuido a dar validez a esa tesis. Sin embargo, es necesario advertir que las sobresalientes dotes interpretativas que caracterizan al grupo permiten a veces suplir "de presencia" los valores que suelen quedar en este tipo de creación.

En líneas generales, podemos decir que el teatro, volcado en términos de espectáculo, es decir, gestado en términos de espectáculo, requiere sólo de un amplio surtido de emociones con feccionadas, o preguisadas a guisa de estilemas, y de una tipificación inadvertida para las exigencias de ese público, para levantar una obra.

Situado al espectáculo dentro de las conductas que rigen la comunicación de masas, su valor quedará condicionado también a la cultura de masas expresadas en ese público. La relación dependiente entre espectáculo y cultura de masas supone el reconocimiento de exigencias que pueden hasta al espectáculo, pero no al teatro. La superedificación del espectáculo a un determinado nivel cultural es un hecho natural, pero para el teatro tal hecho comporta una inevitable pérdida de libertad. Los que siguen la creación artística y la aman por lo que hay en ella de particular y privativo, por el sello y la voz, el tono y el matiz que hacen posible apreciar y diferenciar en un mismo tema a Ibsen, de Pirandello, encontrarán en la proposición del ICTUS un interesante motivo de indagación.

Finalmente, nos parece interesante destacar que los tres estrenos realizados por compañías profesionales del teatro independiente son de autores chilenos y constatar también el buen nivel conseguido en la interpretación por los nuevos valores.